



JOAQUIN MARTA SOSA

Me voy a guiar por un esquema expositivo fundado en la siguiente relación: en primer lugar, voy a tratar de establecer el balance de la acción general de la Democracia Cristiana y de la Social Democracia mediante una descripción teórica, histórica y nacional. Después desarrollaremos una hipótesis de perspectiva previsible, desde las condiciones de hoy, igualmente en la dimensión teórica, histórica y nacional.

BALANCE:

En este aparte queremos presentar los resultados teóricos, históricos y nacionales de la acción política de la Social Democracia y la Democracia Cristiana en relación, sobre todo, a sus efectos en el sistema político y social venezolano y, particularmente, en el interior de los partidos que en el país expresan esas corrientes ideológicas, Acción Democrática y Copei respectivamente.

NIVEL TEORICO:

Tanto la SD como la DC se han presentado como opciones ideológicas, es decir, poseedoras de un conjunto estructurado de ideas acerca del tipo de sociedad que desean, los cambios que se deben producir para alcanzarla y los medios para hacerlos realizables. En tal sentido y en una primera aproximación, son corrientes doctrinarias. Veamos sus rasgos más sobresalientes.

La SD tiene sus raíces primarias en el liberal-marxismo. Este entronque la ha obligado a ser

más programática que propiamente doctrinaria en el terreno de las posiciones ideológicas. Por las dificultades de encontrar una síntesis orgánica entre ambas ideologías básicamente disímiles, al menos en el momento en que la SD comenzó a conformarse, lo cual le ha permitido ser relativamente precisa, poco difusa, suficientemente concreta en lo que respecta al fundamento de su acción política en la sociedad.

Por su parte la DC hunde sus orígenes en el liberal-catolicismo. En este dato encontramos una doble explicación: es más doctrinaria que programática por la mayor posibilidad de una síntesis poco contradictoria entre el liberalismo y el catolicismo derivado de los documentos sociales de la Iglesia, al menos en el plano de lo doctrinario-declarativo, lo cual es mucho más difícil de producir en el plano de lo político-operativo. Por otra parte, encontramos la esencia última de sus proximidades y separaciones con la SD: el común tronco liberal y el vínculo opuesto, una con el marxismo y la otra con el cristianismo católico.

Además de esos orígenes que hacen más doctrinaria a la DC y más programática a la SD, permiten una explicación acerca de la mayor concreción de los principios políticos en la SD, de su operatividad social, y en torno a la mayor elasticidad, imprecisión y bajo nivel operativo inmediato de los principios políticos de la DC tales como "justicia distributiva", "bien común" y otros.

Desde una perspectiva socio-política relativamente específica, la SD se presenta como mucho más cargada de liberalismo keynesiano y, en tal sentido, su acción se orienta definitivamente hacia el reforzamiento de la primacía del estatalismo en el sistema político. Por su parte la DC se afilia más al liberalismo individualista, privatista y, por tanto, privilegia las organizaciones societarias intermedias (familia, gremios) frente al Estado.

Y lo anterior se complementa y equilibra al vincularse a los grupos sociales que cada una de esas tendencias coloca como interlocutores y actores básicos de sus actividades. La SD, probablemente por sus orígenes marxianos, es populista por excelencia, lo cual la lleva a organizarse como partido de masas, a las cuales representa y en las cuales se apoya para su política de expansión del Estado Asistencialismo (paternalista o de bienestar lo llaman otros). A su vez, la DC es marcadamente mesocrática. Es decir, a causa de la II Guerra, cuando surge como movimiento político, encuentra que la "escala de valores" de los grupos dominantes es ya poco útil para reconstruir la sociedad moderna y, por otra parte, los grupos sociales de base (obreritos, campesinos) estaban demasiado lejos de su plan político, al menos como actores de él. Esto por dos razones: la penetración de las fuerzas marxistas en ese sector social y su baja preparación tecnocultural. En consecuencia, las clases medias, concebidas como una síntesis casi ideal de la sociedad de clases, emergentes y vinculadas a la modernidad y a la "civilización cristiana", no penetradas por el marxismo, dueñas de una alta acumulación de capacidad técnica y cultural, se convierten en la clase privilegiada por la DC, al punto de que la concibe como el grupo social protagónico de la modernidad, para producir reformas y evitar la revolución (con su "carga de ateísmo marxista", en el lenguaje de los años 40). De esa manera, cada una por su lado, tanto la DC como la SD derivan hacia formas particulares de reformismo. En otros términos, ninguna de ellas tiene ni elabora un proyecto civilizatorio propio, autónomo, distinto al que implica la existencia capitalista de la sociedad. Al contrario, ambas admiten que la sociedad capitalista liberal debe mantenerse en sus estructuras básicas (derechos políticos iguales, desarrollo privatista de la economía, movilidad social, impronta significativa del Estado). Pero esos factores básicos deben relacionarse entre sí de otra forma, deben acentuarse unos y disminuirse otros (intervencionismo estatal mayor o menor, privatismo económico mayor o menor, por ejemplo). De este modo la SD plantea la reforma del capitalismo como modernización de éste mediante una mayor ingerencia estatal, una distribución equitativa de la riqueza social mediante el asistencialismo y una mayor planificación y control sobre el desarrollo económico. A su vez, la DC plantea la reforma como protección a la propiedad privada y cumplimiento de su finalidad social (producir y distribuir bienes para todos), protección a los grupos sociales populares (pobres y marginales) para impedir su definitiva segregación social y, finalmente, intervención del Estado allí donde la iniciativa privada no pueda actuar o lo haga con resultados indeseables.

Reformismo modernizador frente a reformismo protector. De esto se trata en el fondo.

Por supuesto que de lo establecido hasta aquí no se puede derivar que la SD es radicalmente distinta a la DC. Al contrario, tienen muchas identidades y aproximaciones: su tronco liberal, su naturaleza de reformadores del capitalismo. Pero, además, tienen muchos elementos importantes (definición frente al Estado, papel de las clases sociales, tipo de neocapitalismo que privilegia) donde es más significativo el saldo diferencial que el homologador. Debe quedar claro que en sus diferencias no hay oposiciones contradictorias sino acentos sustantivos que distinguen la una de la otra.

Sólo marcando sus distinciones dentro del marco de sus homologías es como podemos comprender dos cosas importantes. Una, que la DC y la SD puedan funcionar programática y políticamente muy cercanas, y hasta como aliadas, la una de la otra. Dos, no obstante ello, no son la misma e igual tendencia. De allí que se opongan en la lucha política cuando no hay amenaza estratégica frente a la sociedad liberal capitalista que defienden y se unan cuando hay intereses estratégicos que deban defender (mantener estable el modo de producción capitalista y abierta la posibilidad de su reforma funcional).

NIVEL HISTÓRICO:

Con respecto a su relación con América Latina y, particularmente, con la sociedad venezolana hay algunos elementos de la acción histórica de la SD y la DC que deben ser especialmente subrayados.

Desde la II Guerra Mundial ambas compiten en buena parte de Europa y América Latina (en el resto del planeta tienen poca significación) como, fundamentalmente, opciones no conservadoras (progresistas, reformistas, estimuladoras del cambio social), democráticas, dentro de una aceptación clave: el modo de producción capitalista es el "fin" de la historia, tanto porque es la finalidad de ésta como por constituir su punto último y culminante. Después de su cristalización, la historia se reduce a repetir ese modo de existencia social dentro de modalidades más funcionales y resultados más productivos (dirían al unísono tanto la SD como la DC, aun cuando no suelen reconocerlo de modo explícito). Así, la DC como la SD son: antisocialistas en el sentido marxista y revolucionario del término (la SD es más moderna al respecto, sería más "anti-comunista" que otra cosa; la DC es estratégicamente antisocialista, sin ningún tipo de modulación, incluso en sus sectores más avanzados que, paradójicamente, suelen ser los más "anti-comunistas" porque su "progresismo" encuentra su límite en el espacio que ocupan los socialistas-marxistas).

y necesita desalojarlos de allí, diferenciándose de ellos, de lo contrario su expansión se hace difícil). Ambas, de modo más explícito en la DC y más implícito en la SD, defienden la pervivencia de la modernidad occidental (el modelo industrial de desarrollo, la categoría del progreso lineal de la historia, la tecno-ciencia como recurso del crecimiento eficiente y el desarrollo racional, el urbanismo y la articulación de clases en un conjunto básico de intereses comunes).

Por último, una y otra operan como protección política de la Europa liberal y como organizaciones controladoras del reformismo tercermundista en América Latina, siendo que en la Internacional Socialista (corriente SD) y en la Organización Mundial Demócrata Cristiana cada una de esas corrientes se articula en su interior en términos de partidos políticos que operan en el mundo occidental europeo y latinoamericano con un mínimo de concertación dentro de cada una y, a veces, como en la actualidad frente al caso francés (gobierno de Mitterrand) y centroamericano (solución política para San Salvador, posición frente a la Revolución Sandinista) se muestran irremisiblemente diferenciadas entre ellas, lo cual conduce a reducir el espacio político internacional tanto a las alternativas de derecha extrema y autoritaria como a las socialistas más o menos radicales y revolucionarios.

NIVEL NACIONAL

La SD y la DC están expresadas en Venezuela por Acción Democrática y por Copei. No obstante la definición de estos partidos dentro de esas tendencias es relativamente reciente. No es hasta 1958 cuando COPEI de modo explícito se define como social-cristiano. Y en AD es 1973 el año en que se ubica públicamente dentro de la corriente socialdemócrata. Esto no significa que antes de esas fechas no se colocaron dentro de las referidas corrientes. Lo que señalamos es que su definición ideológica ha sido gradual y paulatina y, por ello, altamente dominada por la práctica política.

Veamos el balance nacional de ambas organizaciones, dentro del nivel teórico e histórico antes desarrollado, desde diversas perspectivas.

a. Debate ideológico:

En general podemos decir que no es propio de la normalidad de AD y Copei el debate ideológico interno. Esta es una actividad y producción muy débil en ambos partidos. En AD el debate ideológico finaliza con la expulsión de la que se llamó "ala rosada" (que luego originará al MIR) y se retomó tímida-

mente hacia 1975, impulsado por el que se conoció como "intento reformista" por modernizar el capitalismo en Venezuela (Gobierno de Carlos Andrés Pérez), pero hasta ahora no ha tenido mayores desarrollos. Y tampoco los tuvo antes de esos hechos. En el caso de Copei, el debate ideológico ha sido un poco más frecuente, pero no ha sido constante ni medianamente consistente. Es en 1965 cuando este tipo de actividad alcanza su punto mayor en Copei y va a culminar 3 años después con la expulsión de los que van a formar la Izquierda Cristiana, la neutralización de los radicales que quedan en su seno y la salida paulatina de otros grupos que van a cerrar filas con diversas opciones socialistas.

Ultimamente en ambos grupos políticos se manifiesta preocupación por el escaso nivel ideológico, no tanto por razones político-programáticas como por otras, relacionadas con el problema de la corrupción administrativa fundada en la exacerbación del pragmatismo que lleva a una amplia permisividad en relación con la "escala de valores vinculada a la honestidad, a la ética. Se trata pues, de la búsqueda de lo ideológico como factor ético de contención y no tanto como elemento estimulante de proyectos políticos.

En todo caso, ni AD ni Copei han producido ideólogos propios con cierto valor y originalidad, ni tesis ideológicas que sean el resultado de su reflexión autónoma. Esto los obliga a transferir ideología sobre todo del mundo europeo y a presentarse como partidos que resuelven la "blandura" ideológica por la vía de ese "realismo" que concibe como real sólo a lo existente, lo ya dado, y no aquello que se nutre, de lo posible: que es tal por estar fundado en las necesidades, de aquello que sin existir es posible traerlo a la existencia porque está vinculado a demandas fundamentales de la sociedad. De allí que incluso un reformismo, tienda a sufrir de exagerada moderación.

Para concluir digamos que esa relación con lo ideológico vinculada a lo dicho en el aparte sobre el nivel teórico, explica, en parte nada desdeñable, que AD sea programática y políticamente más coherente, pues el "realismo" político más pragmático y menos comprometido con principios explícitamente ideológicos se une su exigua producción teórica propia, por lo cual el programa, la línea política, son casi su esencia, su sostén, y por ello sus deba-

tes políticos suelen terminar en división del partido, pues una diferencia concreta es mucho más relevante y estratégica que otra más abstracta, doctrinaria (sobre todo en partidos que participan o están a las puertas de participar en el gobierno: en el caso de los partidos sin opción de poder inmediata, las diferencias en lo abstracto-doctrinario son más importantes pues lo ideológico, sobre todo cuando son movimientos revolucionarios, es lo que los diferencia y legitima inicial y fundamentalmente). Entre tanto, Copei es más difuso y permisivo pues su programa y política tienen vinculaciones con categorías menos explícitas y operativas. Y, además de producción foránea, lo cual lo compromete con ellas de modo poco decisivo. De allí que sus debates no conclayan en divisiones internas sino en una especie de aglomeración informe de tendencias interiores.

En todo caso, la ideología blanda y no autónoma, el realismo inmediatista y mecánico, abren estas dos organizaciones políticas a favor del practicismo eficientista (como subtítulo de un proyecto global del que carecer, al menos como propio) y del electoralismo (como sustituto de la participación política de la sociedad a la que temen).

En general, esta blandura ideológica de AD y Copei, en cierto modo, y por ser los partidos preeminentes de nuestro sistema político, ha contribuido a rebajar la densidad, responsabilidad y creatividad del debate político en el país.

Disputa social

AD ha sido presentada históricamente como "el partido del pueblo". Y en efecto lo fue. Pero, probablemente, en su caso pueblo quería decir más bien masa, "partido de masas", el más importante en capacidad de organización y movilización que ha tenido Venezuela. Su desarrollo desde 1958, donde hermana populismo con realismo, lo lleva a tratar de articular en el mismo proyecto social a los sectores burgueses del gran capital, a la baja clase media y a los obreros y campesinos. La política de "paz laboral" que completaba el "Pacto de Punto Fijo" fue fruto de ese proyecto y de la acción decidida de este partido. Con el tiempo se ha ido vinculando también con el sector tecnocrático profesional (médicos, abogados, economistas, profesores universitarios). Copei fue definido después de las elecciones muni-

cipales de 1979 como "el nuevo partido del pueblo". Este significa más bien que se ha hecho un partido con implantación nacional y de masas. Los sectores medios de la sociedad venezolana han sido su centro de atención, sobre todo los urbanos. (Alguna vez dijo Rafael Caldera lo siguiente: "nuestro proyecto consiste en reducir los sectores altos, reducir los sectores bajos y ampliar los sectores medios"). Junto con esta clase, son los sectores marginales los que más atraen su atención (son social cristianos los que ponen a circular en América Latina las teorías de la marginalidad junto a la política de promoción popular como modo de enfrentarla; ello se intentó implementar en el gobierno de Caldera). Finalmente son los sectores tecnocrático-gerenciales (ingenieros, organizacionistas, administradores gerenciales) a quienes más intensamente se ha vinculado, tanto porque son una particularidad de la clase media como porque representan la "acumulación tecnológica" indispensable para reformar el capitalismo.

Ahora bien, en términos de enfrentamiento de clases en el sistema político democrático-competitivo del país, AD y Copei penetran en todas ellas con una presencia relevante en cada una. AD más activa y fuerte en los sectores que hemos mencionado antes, a los que responde Copei con una mayor fortaleza en otros. Además, esa división entre "pueblo adeco" y "pueblo copeyano" (que, por cierto, puso a circular un partido de izquierda) conduce a una cautividad política de la sociedad venezolana casi absoluta entre la ideología del modernismo capitalista y la política de reforma industrialista que AD y Copei (la élite política) han conducido y negociado con la élite económica y militar desde el famoso "consenso del 23 de enero".

Esa disputa por el predominio social que los ha conducido a compartir casi por mitades el apoyo electoral del conjunto de la sociedad venezolana, se nutre originariamente de varios actos de implicación social de estos partidos.

En el caso de AD, ha sido un partido, antes, en y después del 23 de enero de 1958, con una enorme capacidad para constituirse en un tejido que articulara a la población venezolana, le diera un elemento predominante de identificación política, nacional y simbólica. De esta manera, el pueblo fue para AD su aval histórico y su fuerza de presión política y electoral.

Copei ha sido más bien, después del 23 de enero, un factor que favoreció la modernización urbana y económica del país, más centrado en las ciudades y en las capas técnicas. En este sentido, el pueblo representaba para él un espacio donde se debía ser mayoría para legitimar su acceso al poder y, desde allí, representarlo. Copei ha sido una organización orientada a la concurrencia a procesos electorales y al predominio del "tecnócrata" en los centros de toma de decisiones. Fue este partido quien puso a circular las nociones del técnico y profesional como la fuerza determinante para gobernar y resolver los problemas del país, es el primero que funda una Secretaría interna para ese sector, el primer congreso nacional de Técnicos y Profesionales los reúne Copei con sus militantes y simpatizantes. Así mismo, el primer partido que emplea la técnica moderna para participar en campañas (encuestas, producción de imagen, politólogos especializados) fue Copei. Con todo lo anterior a qué arribamos: la disputa social entre AD y Copei, bastante diferenciada inicialmente, se ha ido haciendo cada vez más emparentada en idénticos objetivos, similares recursos sociales, semejantes instrumentos técnico-políticos. Esto en un momento en que la sociedad es, políticamente (al menos en términos electorales, que son los que cuentan en la democracia competitiva) cautiva de estas dos organizaciones.

La consecuencia más significativa de lo anterior, en términos de su balance para el sistema democrático, es la alta despolitización del país y su intenso grado de desmovilización. La "conciencia política" se reduce, en su porcentaje determinante, a vincularse, directa o indirectamente, de modo permanente u ocasional, a una de esas dos organizaciones que, fortalecidas por esa relación, limitan su articulación con la sociedad a tenerla como monopolio de apoyo mediante un flujo de información, opinión y organización regulados y controlados por ambos partidos.

Así mismo, la participación del país en los centros de decisiones se ha suplido por el monopolio de AD y Copei sobre los mismos, con la adscripción de otros sectores de élite. Así, el conjunto social parece tener una especie de compromiso formal, no responsable ni comprometido, por no ser participativo sino intermediado, con el sistema político venezolano. Donde el compromiso es más activo, aún cuando no más participativo, es en el horizonte

ideológico puesto que todos los sondeos de opinión más o menos confiables arrojan un amplio apoyo a la continuidad de la esencia del modo de organización y producción actuales de nuestra sociedad.

Así, pues, despolitización y desmovilización, refuerzan el poder político de AD y Copei pero reducen los recursos sociales comprometidos en el mantenimiento de las relaciones políticas democráticas.

Acción política.

Podría decirse que en este campo AD y Copei se han complementado casi perfectamente, hasta ahora, en dos sentidos, el de la modernización y el de la repartición del espacio izquierda/derecha.

En la primera fase (antes de 1958) AD aparece como el partido de izquierda y modernizador (reforma agraria, sufragio universal, constitución moderna, partido de masas pluralista). De tal manera que la radicalidad reformista y los alcances de metas típicas de la modernidad capitalista lo hacen mayoritario y reducen el izquierdismo "no adeco" a una tendencia política con poco espacio propio.

En esa misma etapa Copei viene a representar los sectores sociales desplazados y la lucha contra la exacerbación de las reformas. Esto permite que el espacio de la derecha y la defensa del capitalismo no populista corra a su cargo.

Luego de 1958, AD se mantuvo, inicialmente, en la línea de recuperar las conquistas institucionales y políticas de la "Revolución de Octubre", además de moderar sus tesis anti-oligárquicas y anti-feudales y de aproximarse a una línea muy marcadamente anti-comunista y favorable a entendimientos sindicales empresariales. Así, el espacio de la derecha moderada lo vino a ocupar ella. Copei, por su parte, se ha afincado en esta etapa en tesis de mayor alcance como la industrialización, la regionalización administrativa, la reforma del Estado. Con ello se vinculó más a sectores estudiantiles, profesionales y de clase media urbana. Su alianza gubernamental con AD en 1959 le facilitó la penetración en zonas geográficas (oriente-sur) y sociales (obreros y campesinos) que le sirvió para acumular fuerzas e influencias mayores y competitivas con AD. Así, la derecha extrema quedaba sin representación pero, al mismo tiempo, el izquierdismo (con la moderación política de AD) quedaba con un espacio potencialmente amplio y propio.

En esa etapa (gobierno de coalición AD-Copei-URD, luego reducido a los dos primeros), con la extrema derecha ilegalizada en la práctica, la izquierda venezolana tuvo una enorme oportunidad para convertirse en una fuerza importante, para lo cual contaba con un espacio político no competido, con significativo apoyo social (estudiantes, sindicatos, gremios, profesionales) y más o menos buena organización, además de resonancias favorables en sectores de los partidos dominantes (sobre todo en AD y URD). Pero su política de "asaltar el cielo", quizás inducida, además del efecto de la Revolución Cubana, por la propia fuerza que había logrado organizar en el país, no resultó en su acceso al poder sino a la ilegalidad. Con ello se la desarticuló y separó de la lucha político-social de masas. Así, de nuevo, el espacio político total le quedaba reservado a AD y Copei con la posibilidad, en esta ocasión, de afincarse en el proyecto capital-modernista sin concesiones al radicalismo social por cuanto la izquierda no era competitiva.

12

Ya en la década del 70 se va a producir una nueva reflexión. En ese momento el modelo que se venía desarrollando desde 1958 mostraba los primeros síntomas de agotamiento y, en particular, el problema del petróleo se hacía más o menos álgido: se acercaba el fin de las concesiones y algo (¿qué?) debía hacerse.

Copei que venía de su fase avanzada, esta vez se torna moderado. A duras penas aceptó la Ley de Reversión y, luego, puso enormes obstáculos a la aprobación de la Ley de Nacionalización del Petróleo y a la nacionalización de la industria del hierro. AD, aquí, fue la abanderada. Incluso el gobierno de esa época, Carlos Andrés Pérez, intentó desarrollar el más abierto y radical de los capitalismo reformistas y estatalizadores.

La izquierda había vuelto a la legalidad pero maltrecha, desacreditada y en un momento donde la élite política y económica tenía una capacidad de abrir expectativas que, inevitablemente, limitaban su posibilidad de reinscripción social.

Ahora, Copei opera como el corrector del maximalismo del gobierno de CAP e intenta aplicar las tesis neo-liberales de la Escuela de Chicago (lo último que ha producido la economía capitalista para enfrentarse a los síntomas de crisis mundial que se han hecho recurrentes,

Entonces, entre modernismo y estatista y moderación liberal, entre radicalismo reformista y ponderación institucional, Copei y AD, probablemente sin proponérselo de modo totalmente consciente, echaron las bases de la dinámica bipartidista que hoy es el contexto de su acción política.

Vamos ahora a tratar de particularizar algunos componentes de esa especie de acción política diferencial pero complementaria que artes hemos descrito. AD está mucho más orgánicamente vinculada a la organización política del país y a la producción de la misma. En buena parte la actual institucionalidad estatal y el tejido de las organizaciones sociales (sobre todo la partidista y sindical y también la gremial) se nutrió de la actividad y los intereses de este partido.

AD, en general, ha sido fundamentalmente estatista en su concepción del eje principal de la dinámica de desarrollo de la sociedad. Sus decisiones políticas estatales se alimentan de la idea de que la calidad de las decisiones está directamente vinculada a su fundamento reformista modernizador del capitalismo y a su viabilidad técnica, tecnocrática.

Los Planes de la Nación realizados bajo los gobiernos suyos (I, II, III y V) son típicamente reformistas en el sentido de admitir al capitalismo como marco indispensable de los progresos y éstos afincados en el desarrollo económico, del cual se derivaría el social.

En el plano internacional e ideológico, salvando el gobierno Betancourt que se mantuvo en condiciones muy peculiares, AD ha tendido a ser más democrático y menos alineado con el bloque capitalista de USA. Probablemente, como ya hemos dicho, su vinculación a la Internacional Socialista explique en parte esta característica.

Por su lado Copei, en su acción política ha estado más orgánicamente vinculada a la producción organizacional y profesional del tejido tecnocrático, presentado en alguna campaña electoral como la diferencia decisiva a su favor frente a AD.

Con respecto al Estado, no deja de ser relativamente estatista (concebido como interventor y director moderado de la vida económica y del estado legal). Siempre, no obstante, coloca de modo explícito a la acción no estatal

(privada, gremial, asociativa) como indispensable para el desarrollo normal de las relaciones sociales.

Su sentido de la calidad de las decisiones políticas se nutre de la noción de su fundamento indispensablemente tecnocrático, gerencial y eficiente, con un alto componente de la iniciativa privada (élite económica y social). Los planes de la Nación aprobados bajo gobiernos de este partido (IV y VI) son relativamente estatistas, liberal-privatistas, social-proteccionistas, buscando armonizar diversas fuerzas e intereses que conduzcan a una sociedad articulada (desaparición de la marginalidad) y funcional capacidad para distribuir un ingreso satisfactorio para todos los sectores).

En el horizonte internacional, Copei ha sido marcadamente anticomunista y significativamente aliado del bloque USA. Su gestión en este campo es democratista pero, en ocasiones, cosa que no ha sucedido con AD, cede a la idea del autoritarismo inevitable, de las vías de facto, cuando se trata de contener al "comunismo" (casos Chile, San Salvador).

En términos generales, dentro de los complementos y diferencias que hemos apuntado para la acción política de AD y Copei, se ha producido un resultado que queremos describir.

En primer lugar, y como el más sobresaliente para el sistema político, se nos aparece la creciente desideologización, cada vez más reforzada al pragmatismo, el realismo político inmediato de ambas organizaciones. Lo cual es importante en un doble sentido: porque desacredita su rasgo de tendencias ideológicas más o menos definidas y, luego, porque permite políticas más o menos erráticas o contradictorias, sin referentes de consistencia para abordar los problemas reales y resolverlos según una línea coherente de análisis y prospectiva. Más aún, debilita la capacidad de acción política reformista de estos partidos. Esto, en buena parte, está en el fondo de los actuales conflictos dentro de nuestro sistema político: la desideologización los hace impotentes para enfrentar con un proyecto propio y global esos conflictos, el pragmatismo los hace exacerbadamente sensibles a las fuerzas e intereses que habría que remover para una política intensamente reformista. Por otra parte, y muy vinculado a lo anterior, percibimos una significativa ineficacia en los propósitos explícitos

de la acción política de ambos partidos (modernizar el capitalismo, reforma del Estado, mejorar la calidad de vida) que se ha resuelto mediante una especie de racionalidad clientelar y asistencialista. Es decir, la ausencia de magnitudes sociales que expresen el éxito de la política reformista, la que muchas veces ni siquiera llega a formularse en términos de decisiones implementadas, se substituye mediante la distribución de beneficios para que grupos o individuos, por su propia cuenta, mejoren su particular situación, a cambio de un grado básico de "lealtad" al gobierno y su partido (poner en "cautividad" a la sociedad mediante gratificaciones que intentan cubrir el vacío de una política global que impersonaliza e institucionalizaría los beneficios).

De esta política asistencial-clientelar derivan las diversas formas de corrupción administrativa, que ha llegado a convertirse entre nosotros en una forma particular de "acumulación capitalista primitiva", en ausencia de estímulos y programas que realmente ataquen el problema de la productividad y del trabajo como fuente de la acumulación. Entonces, la especulación, de lo que la corrupción es una forma, substituye la producción, tanto económica como ideológica y cultural.

13

Como la especulación y la corrupción no pueden ser acciones programáticas ni evidentes, a pesar de que sean bastante sistemáticas y permanentes, tiene que concentrarse el poder en un centro formado por élites estratégicas (políticas, económicas, militares) con influencia social y/o poder institucional. De esta manera el elitismo fortalecido suple la blandura que al sistema político introduce la desideologización, la ineficacia y la corrupción, puesto que no hay un flujo libre de controversia sino una negociación cautiva entre las élites para dirigir la formación de la opinión social.

Esta formación de opinión alcanza en los momentos electorales sus grados más altos. De hecho la campaña electoral, en un sistema político con baja calidad de información y reducida libertad para formar opinión, es el momento de mayor y mejor confrontación de las opciones políticas. Para que ello no incida sobre el funcionamiento ordinario del sistema político, se la ha convertido en un vasto acto técnico y manipulador para inducir opinión en el electorado y reforzar las que éste ya tuviera y que favorezcan la prevencencia del tipo de funcionamiento ordinario del sistema político. De

allí que en la última campaña electoral el costo de cada voto presidencial emitido fuese de Bs. 270.00, aproximadamente. En tanto que en la última campaña presidencial en USA el costo del voto fue de Bs. 4.00. Y en la elección de Mitterand, la campaña presidencial francesa más cara de su historia, cada voto costó Bs. 5.00. Se ha creado una vasta y auténtica, además de crecientemente moderna, industria electoral, cuyo fin es reforzar la opinión preexistente mediante imágenes que calzan en los valores que las fundan. De allí que las campañas se centran en prometer todo al elector y en no exigir nada a cambio. Reformar el facilismo y el consumismo: obtener garantías sin esfuerzo alguno.

De tal manera que, por último, nuestro sistema político, en cuya élite propiamente partidista son preeminentes AD y Copei, ha venido siendo funcional dentro de un marco de cada vez más acentuados señalamientos críticos y con alguna coyuntural concentración de conflictos. No obstante, no parece atravesar todavía por una crisis estructural sino, más bien, por conflictos de funcionamiento, tanto por lo que hemos dicho de su capacidad para funcionar con la simple operación de acuerdos entre las élites, a lo que se suma su todavía alta capacidad para regular la acción de tendencias en la sociedad. A lo cual podemos agregar la "reducción" a que han sido sometidos sus sectores críticos, tanto de derecha como de izquierda que, finalmente, han entrado, quien más quien menos, en su código de funcionamiento.

Conclusiones.

Con respecto al nivel nacional de la impronta ideológica, social y política de la SD (AD) y la DC (Copei), podríamos decir que la acumulación de 23 años de democracia competitiva arrojan el saldo siguiente:

- una democracia institucional competitiva, monopolizada por los partidos y, particularmente por AD y Copei, bastante sólida y con alta capacidad para resolver sus potenciales crisis y reales conflictos;
- una baja participación ciudadana producto de la desmovilización, despolitización y desideologización facilitada por el "consenso" de élites para negociar planes y distribución de recursos, creación de expectativas e inducción de comportamientos

políticos en la sociedad;

- una exigua producción programática e ideológica que no ha enriquecido el nivel de conciencia y debate dentro de nuestro sistema político;
- una relación con las realidades sociales que se reduce a la ideología "administrativista"; no se trata de cambiar las relaciones sociales, sino de reformar su funcionamiento, cuando más. Ello siempre y cuando se logren acuerdos aceptables para las élites del poder global;
- privatización de la política y de los centros de toma de decisiones, que aparecen como formalmente públicos y abiertos pero que son cada vez más el monopolio de las élites del poder social y del tejido controlador de los partidos, esencialmente AD y Copei.
- un aceptable manejo técnico y político de conflictos coyunturales del sistema, fundado en una noción clave: el sistema político nacional es, ante todo, una estructura para "administrar las cosas", lo dado, lo establecido, y no para plantearse la producción de novedades, nuevas cosas, distintas relaciones posibles. Así, oscila entre el conservatismo y el reformismo moderado, a veces ineficiente, siempre insuficiente.

PERSPECTIVAS.

En este aparte nos guiaremos por la misma división de materias sobre la cual estructuramos el Balance. Pero, ahora, lo haremos de un modo más inclusivo, justamente por la mayor imprecisión que lo prospectivo lleva implícito.

NIVEL GENERAL.

En el campo de lo ideológico, la SD no parece que se vaya a escapar del espacio que va entre el socialismo liberal y el liberalismo reformista. De alguna forma seguirá siendo el movimiento de unos "socialistas" demasiado impresionables por los obstáculos que se deben remover (Diego Urbaneja) y por las inseguridades que un cambio social, al margen del capitalismo, lleva consigo. Por eso, entre socialismo limitado y liberalismo progresista seguirá el espacio ideológico de la SD, contradictorio en ocasiones y, por ello, continuará privando el programatismo del realismo inmediatista, antes que el ideologismo, en su acción política.

En la DC, el panorama ideológico parece irse decantando. De las múltiples tendencias (conservadoras, personalistas, comunitarias) va quedando una síntesis bastante laxa de elementos teologocistas (bien común, justicia social) y liberal-sociales (pro-

riedad privada en función social, combate al colectivismo, modernización de la sociedad, privilegiamiento de la educación). En este sentido se acerca más al programatismo y, eventualmente, se hará menos permisiva en lo ideológico, a lo cual contribuye el hecho de que ha integrado o, si ello no fue posible, segregado las tendencias más cercanas al socialismo.

En tal sentido, no pareciera que alguna de ellas nos pueda deparar una actividad ideológicamente importante, renovadora sino, más bien de ampliación de sus rasgos conservatistas, modernizadores y programáticos.

En la dimensión de lo histórico internacional, la SD seguirá siendo cada vez más ajada del Segundo y Tercer Mundo, cada vez menos alineada en los intereses estrictos de la política de bloque norteamericana. Las contradicciones entre el capitalismo europeo y el norteamericano y los intereses de la Internacional Socialista ubicada dentro del primero, determinarán una buena parte de esa situación.

La DC continuará siendo, cada vez más que la SD, la que asuma la misión de continuar integrando al Tercer Mundo latinoamericano y a las naciones del Segundo Mundo europeo en que ello se pueda (Italia, Bélgica, eventualmente Alemania) a los valores de la modernidad occidental y al liderazgo norteamericano dentro de él. Sus disputas por el poder nacional en Europa con la SD y, también, su intención de limitar la influencia de ella en Latinoamérica, además de su hipersensibilidad anticomunista, serán factores claves en este comportamiento.

Cabe, pues, esperar que las tensiones intracapitalistas, se expresan en una mayor pugnacidad política entre las líneas de la IS y de la UNDC. En Venezuela ello tendrá repercusiones en la política internacional, a veces fuertes y agresivas, pero se reflejará muy poco en las acciones de política interna, entre otras cosas por la situación de conflictividad del sistema político y la necesidad de recomponer el modelo de su funcionamiento.

NIVEL NACIONAL.

Por supuesto que el nivel de conflictividad del sistema socio-político y el presunto agotamiento del "consenso del 58" van a ser dos factores esenciales en la prospectiva del comportamiento de AD y Copei y la implicación de él en nuestro sistema político.

a. Sistema social.

Desde 1958 ha venido funcionando gracias

a tres grandes elementos: acuerdo entre las élites, holgura económica y bajo nivel de aspiraciones sociales. Cada uno de ellos ha sufrido cambios importantes. Las élites son cada vez más heterogéneas (tendencias enfrentadas en los partidos, candidaturas disímiles en Fedecámaras, opciones militares en el campo político enfrentando a las civiles). Esta heterogeneidad sólo puede ser resuelta por dos vías: formar una mayoría coherente segregando de cada élite aquellos sectores afines entre sí o, bien, estableciendo un nuevo acuerdo donde las heterogeneidades tengan cabida. En ningún caso la solución evitará conflictos. En consecuencia, AD y Copei tendrán que asimilarse a la idea práctica de una democracia competitiva no tanto para evitar conflictos como para ser eficaz en resolverlos. De su capacidad o no para ellos en buena parte depende el fortalecimiento de otras alternativas dentro del sistema político, distintas a las que ellos representan.

El aparato económico es cada vez menos productivo, el PTB no aumenta desde hace 3 años, la industrialización no ha incrementado ni la autonomía nacional ni el nivel de vida. El petróleo atraviesa difíciles momentos en cuanto a su capacidad para costear nuestro sistema social dispendioso, consumista, acostumbrado a la holgura. Hasta dónde el sistema social podrá pervivir sin crisis radicales a una etapa que supone más al reparto de sacrificios que el de gratificaciones es la pregunta que debemos hacernos, frente a una élite política "promesista", incapaz de exigir ninguna contribución que signifique esfuerzo inmediato y sostenido a la sociedad. De allí que un acuerdo social que reparta el costo político de medidas "impopulares" que deban tomarse, para todos los grupos sociales, es lo que se plantea. Pero su obtención no es fácil: cada uno tratará de ser el menos sacrificado y de cargar con la porción menor del costo político. La solidaridad no ha sido un valor cultivado en el sistema social por nuestra élite política. Y de esto se trata. Y en cuanto al nivel de aspiraciones, estas ya son bastante más altas que hace 20 años. La acumulación de modernidad en el país, la expansión del aparato escolar y de la ideología consumista, las exigencias de nueva calidad de vida a la que se incorporan sectores medios y populares de la sociedad. Esto configura una situación de mayores demandas, más altas expectativas y mejor capacidad social para exigir las, justamente en el momento de menor capacidad para distribuir

este haz de alternativas otorga estabilidad al sistema político porque opera como válvula de distensión en los conflictos inmediatos y los remite a la expectativa electoral o a la de facto, colocada esta última a distancia en el tiempo. Pero, sin duda, aumenta el grado concreto de confrontación política que puede llegar a ser intolerable por un sistema bipartidizado.

Desde otra perspectiva, si aceptamos que lo propio de un sistema político de democracia competitiva es el uso no mediatizado del poder (es decir, sin favorecer intereses particulares y específicamente poderosos), la alta variedad y calidad de la información y la decisión política (con un flujo libre muy alto de la información, la comunicación y la participación) y donde la competencia la opción de hacerse oír y de eventualmente, convertirse en gobierno de Estado sin provocar mayores conmociones sociales. Si aceptamos lo anterior, digo, concluiremos que nuestro sistema político se caracteriza básica, aun cuando no exclusivamente, por el uso mediatizado del poder, la baja calidad de la discusión política y la significativamente reducida permisividad de la competencia (piénsese, por ejemplo, en lo que sucedería si el candidato socialista ganara las elecciones de 1983).

16

La anterior conclusión es la que nos lleva a pensar que en la perspectiva abierta, el electoralismo, el compadrazgo clientelista y la pervivencia y penetración de intereses de las élites poderosas en el sistema político seguirán caracterizando nuestra democracia competitiva.

Ahora bien, esas restricciones pueden mantenerse en un cierto "ambiente" del funcionamiento y contexto del sistema político. De hecho se han mantenido en mayor o menor grado hasta el momento en que exponemos estas ideas. Sin embargo, eso no puede prolongarse en una situación de creciente improductividad social (cada vez se invierte más para obtener resultados menores, cada vez hay menos capacidad para usar todos los recursos que se han ido produciendo en los últimos 20 años, cada vez los viejos problemas tienen magnitudes mayores); lo que se ha denominado el "efecto Venezuela", típico de nuestro país y que sólo la capacidad de distribución de ingresos y de costeamiento de la ineficacia proveniente de los precios del petróleo (oportunamente en alza cuando los primeros síntomas conflictivos comenzaban a revelarse: no en vano un candi-

dato presidencial de esos años anunció la suya como "la última oportunidad de la democracia") logra, en buena parte, explicar el mantenimiento más o menos estable del sistema político. Pero, insistimos, se trata de recursos de efecto limitado en el tiempo.

Claro, hay otras explicaciones vigentes en este momento donde el petróleo reduce su capacidad para asumir todo el costo político del mantenimiento de un modelo de resultados insatisfactorios para la mayoría. Entre ellas resaltan las siguientes: la acumulación de recursos institucionales (recursos del Estado), políticos (acuerdos de élites) y simbólicos (liderazgos) a lo largo de estos 23 años de democracia liberal competitiva. La ideología constitucionalista y democratista, el tramado de organizaciones sociales e institucionales, la penetración del tejido partidista, el conjunto de intereses que se han ido creando (económicos, sindicales, culturales) y que fuera de este sistema tendrían poca tolerabilidad. En fin, pues, un conjunto de hechos, redes y tradiciones que operan como fuerte y activa defensa, incluso con una capacidad potencial de movilización social importante frente a una crisis política que supusiera la posibilidad de costear la expectativa de mejorar las condiciones de vida con la pérdida de los logros democráticos alcanzados hasta ahora.

Otra que nos parece válida en el mismo sentido es que tanto AD como Copei no enfrentan todavía una opción competitiva cuyos recursos políticos, simbólicos, técnicos y sociales sean superiores a los que ellos han acumulado y directa o indirectamente controlan.

Pareciera pues que la estabilidad formal del sistema democrático competitivo está asegurada en un grado importante a corto y a mediano plazo. Sin embargo, sus elementos conflictivos son ya de tal monta que los mismos miembros de la élite económica y política hablan de la necesidad de un nuevo consenso, de un nuevo modelo de desarrollo. Esto ha sido designado con el término "concertación nacional". Una especie de acuerdo consensual entre la élite política y económica con los sectores sindicales y la anuencia y apoyo del mundo militar para corregir las deformaciones de la economía y el funcionamiento político y social del país, tomando un conjunto de medidas no inmediatamente gratificantes y cuya impopularidad sea repartida entre los

recursos. Reorientar esta demanda social, satisfacerla, no es simple. Tampoco es infinita la capacidad del sistema electoral para producir "venganzas" sociales contra el partido de gobierno incapaz de resolver los problemas. (Desde hace unos 15 años, la alternancia en el gobierno de AD y Copei se interpreta como un "castigo" del pueblo elector en contra de uno u otro —según cuál ellos esté gobernando en ese momento— como producto del fracaso de los gobiernos que han presidido). Pero la venganza electoral reiterada pierde su eficacia si no produce otros efectos más o menos visibles e inmediatos. Por eso me parece que esta puede ser la fuente mayor de inestabilidades y conflictos en el interior de nuestro sistema político.

Sistema político.

Un poco erosionada su normalidad por el contexto social que antes hemos descrito, presenta rasgos de perspectiva también importantes de subrayar. El reforzamiento bipartidista opera como factor estabilizador del sistema político. Pero al concentrar los costos políticos de una etapa que puede ser poco gratificante, amplía la posibilidad de otras alternativas, necesariamente radicales, bien por la vía democrática o autoritaria.

Por otra parte, la creciente crítica social al funcionamiento de la élite política también añade fuerza a la idea de que ésta se enfrenta con importantes grados de crítica y desconfianza social a un momento particularmente exigente. No obstante, el recio entramado que ella ha venido creando con élites de otra naturaleza (empresarial y militar) le otorga todavía una capacidad de movimiento importante para reivindicar y reconquistar su legitimación como centro de gobierno.

Finalmente, nunca como en este momento han aparecido tantas alternativas dentro del sistema político, las cuales expresan no sólo opciones sino tendencias distintas, de cambio. Claramente se ha venido perfilando la socialista, que busca su propia identidad y tiene un lugar propio de fuerza e influencia social. Por otro lado aparece la tecno-disciplinaria (expresada en ex-oficiales de las Fuerzas Armadas) que esgrimen la ideología del patriotismo y de la eficacia y orden para proponerse como relevo de la élite partidista. Y, también, aun cuando menos visible, se viene larvando tanto la tendencia como el terreno que pueda favorecer al autoritarismo tecnocrático. Por supuesto que

actores del consenso de tal manera que, finalmente, no perjudique a ninguno.

Esta concertación como política inmediata para resolver los conflictos y proporcionarle "un segundo aire" al modelo de desarrollo del capitalismo modernizador en Venezuela supone dos elementos: el consenso y la concertación. Consenso para establecer el modelo operativo de relanzamiento del capitalismo en Venezuela. Concertación para eliar todos los factores estratégicos de poder de tal modo que las reformas eventuales no conduzcan a un grado intolerable de enfrentamientos y confrontación social.

Para lograr dicha concertación hay varios obstáculos.

Uno, ella significa aceptar y negar la obra y resultados de un modelo de desarrollo agotado en 20 años. Reconocer la ineficacia y la incapacidad para dirigir socialmente la realización de un modelo social no es fácil ni gratuito históricamente para ninguna élite.

Dos, la concertación ya no se puede limitar a "administrar las cosas", necesita producir nuevas relaciones, nuevas escalas, nuevos valores. Y, sobre todo, que den resultados evidentes en poco tiempo y que su costeamiento no se coloque sólo sobre algunos sectores de la sociedad en beneficio casi puro de otros. Esto tampoco es simple.

Tres, sería necesario plantearse el desarrollo de la democracia en otro nivel, más abierto y social, menos cerrado y partidista. Esto enfrenta directamente las costumbres de la élite política: monopolio partidista y administración de lo dado. Ni AD ni Copei tienen un proyecto civilizatorio, un modelo de desarrollo de la sociedad venezolana propio. Apenas tienen programas para el mejoramiento puntual de su funcionamiento. Pero incluso éstos exigen un grado tal de capacidad política y técnica, de riesgo social e histórico que, en unos partidos acostumbrados a consumir la renta petrolera de la economía y la democratista del sistema político, sin acumular en una y otra nuevas ganancias, no es dable esperar un rápido recambio en sus tradiciones y hábitos. A menos que la conflictividad se torne rápidamente en crisis que ponga en juego la pervivencia de esos actores.

En consecuencia, pues, la perspectiva para los

años próximos, a partir del balance y de las condiciones de la acción política de AD y Copei, principales protagonistas de nuestro sistema político, es la de una alta conflictividad cada vez menos regulada y controlada por el monopolio partidista, dentro del marco de un sistema político competitivo amenazado en su estabilidad por las dificultades de recambio de sus elementos de sostén: consenso de élites integradas a discusión entre élites heterogéneas, holgura económica y economía restrictiva, baja calidad y cantidad de demandas sociales a alta cantidad de mejor calidad de las mismas.

En esa dialéctica del recambio sin duda, se exigirá una enorme capacidad de reforma al sistema y a sus dos partidos preeminentes para que su papel social no se agote de modo permanente. Lo cual no quiere decir que caduque la democracia. Ello, claro, puede suceder, pero también entra en las alternativas de la perspectiva que el tejido objetivo y subjetivo alcanzado en estos 23 años de democracia sean, más bien, el piso de la misma y no su techo. Y, en consecuencia, que desde él se pueda acceder a formas más altas y abiertas de relaciones democratizadoras en la vida social.

18

Como conclusión diría lo siguiente: analizado desde el propio proyecto de la SD y de la DC, y no desde una perspectiva distinta a la de ellos, el resultado que hemos obtenido es una democracia con bastante estabilidad como sistema político, sobre todo por la altísima articulación que ha logrado entre las élites de poder, pero cuya fundamentación histórica y social está altamente cribada por la despolitización, la desideologización y la desmovilización de la sociedad venezolana. En este sentido es tiempo que los 23 años transcurridos conduzcan a la necesidad de un relevo tanto en el modo de concebir la democracia como en la aceptación de esos partidos como la vanguardia del fundamento y funcionamiento del sistema democrático nacional.